

cias, lo que sucede á cuantos como tú no saben hacer las justas distinciones.

Es una verdad incontestable que hay algunas mujeres de mediana y aun de escasa fortuna que, olvidándose de su condición, aspiran á competir en lujo con las señoras de la más elevada jerarquía, y para realizar sus desordenados deseos no excusan á sus pobres maridos mil disgustos y continuos empeños, con los que arruinan sus casas, pierden el crédito, se hacen el objeto de la murmuración de los conocidos y dejan por último á sus infelices hijos por patrimonio la holgazanería y la miseria. Este es el fruto ordinario de la inmoderación y desperdicio.

Pero cuando confesamos que estas mujeres obran con desarreglo y sin cordura, no hemos de asegurar lo mismo de aquellas señoras que, por razón de su estado, sostienen una decencia sobresaliente al común de las demás, y mucho menos si tienen suficientes proporciones para sostenerla. Cada individuo de la sociedad debe portarse como los demás de su clase, cuando puede hacerlo buenamente. Este es el orden, el que se invierte ó por un exceso de disipación ó por un abandono ó mezquindad miserable.

Un mismo mueble puede ser necesario, indiferente y gravoso, según fuere la persona que lo tenga. El coche, por ejemplo, será necesario á una señora de título, mujer

de un togado, etc.; será indiferente para una señora particular y será gravoso para una que no tenga lo preciso para mantenerlo. Si todos nos contuviéramos en nuestra esfera, tendríamos menos necesidades y aflicciones.

¡Ya se ve! que no porque digo que las señoras principales hacen bien en manejarse según su clase, se ha de entender que harán mal cuando por modestia ú otro motivo de virtud cercenen algo de su lujo correspondiente. Algunas ha habido en esta fatal época que con la mayor prudencia han sabido disminuir el gasto de sus casas y despedir cuantos criados han considerado superfluos, substituyendo ellas y sus hijas sus lugares.

Otras hay que manifiestan, en cuanto pueden, la indiferencia con que ven el relumbrón del mundo y se manejan con una sencillez admirable.

¿Pero qué diremos de aquellas señoras ricas que han tenido el heroísmo necesario para cercenar el lujo en obsequio de los pobres? Raras han sido éstas á la verdad; pero no falta una que otra en nuestro siglo corrompido. Ninguna alabanza es igual á su mérito, en mi concepto; pero viven seguras de que su caridad queda bien escrita en el libro de las eternas recompensas.

Como Pascual se quedaba en ayunas de las tres partes de lo que el coronel nos decía, no pudo sufrir más; y así á este tiempo, que le pareció oportuno, le dijo: —

Pos señor amo, ya me voy; á bien que ya voy contando con el favor de sus mercedes para el apadrinamiento de Culás; y agora sólo quiero que su mercé me preste veinticinco pesos que me pueden faltar para el completo de los derechos del señor cura, y otras cosas.

El coronel le dió el dinero y le previno que volviese á avisar la víspera de la boda. Con esto se fué Pascual muy contento, dejándonos hartos que reír con sus simplezas.

Apenas había salido el rancharo, cuando entraron las niñas Pomposita y Pudenciana, y se sentaron con nosotros.

A mí no se me había olvidado que el coronel cortó el discurso á la entrada de Pascual, y como deseaba oírlo hablar, le supliqué acabase de decir qué cosas debían saber las niñas que se criaban para ser algún día madres de familia.

Don Rodrigo condescendió con mi gusto, y nos dijo: —No es poco lo que tiene que aprender una niña que probablemente se haya de sujetar al matrimonio, porque tiene que instruirse en muchas cosas que deberá después enseñar.

«Es indispensable, dice un autor respetable¹, que una niña de éstas aprenda á leer y escribir correcta-

¹ El Ilmo. señor don Francisco de Salignac de la Mothe Fenelón, arzobispo de Cambray, en su librito titulado: *Educación de los hijos*.

mente. Es una vergüenza, pero cosa muy común, el ver que mujeres dotadas de entendimiento y de civilidad, no saben pronunciar lo que leen ellas, ó se paran donde no deben, ó leen cantando, cuando debieran pronunciar simple y naturalmente, con firmeza y arreglo á la puntuación. En orden á escribir cometen frecuentemente muchos errores notables, ó en el modo de formar los caracteres, ó en el modo de juntarlos. Enséñeseles, pues, á las niñas, cuando menos, á hacer las líneas derechas, y á formar los caracteres limpios y legibles.

»También es necesario que las niñas sepan la gramática de su lengua. No es esto decir que la aprendan por reglas, como los gramáticos aprenden la lengua latina, sino que se les acostumbre, sin aire de lección, á no tomar un tiempo por otro, á servirse de términos propios y puros y á explicar sus pensamientos con orden, con limpieza y de un modo correcto y preciso. Por este medio se les pondrá en estado de que puedan enseñar algún día á sus hijas á hablar bien sin ningún estudio. Se sabe que en la antigua Roma la madre de los Gracos contribuyó mucho con su educación á formar la grande elocuencia de sus hijos.

»La ciencia de la aritmética y su uso es indispensable á las niñas. No ignoro que esta ciencia es espinosa para muchas gentes; pero el hábito tomado desde la infancia de hacer varias especies de cuentas con el soco-

rro de las reglas facilitará la exactitud y dulcificará la amargura. Todos saben que el buen uso de esta ciencia es tan necesaria para el gobierno de las casas, que apenas se hallará familia de algunos intereses que esté bien gobernada sin ella.

»No será fuera de propósito que tengan aquellas noticias de la jurisprudencia que pueden necesitar en el discurso de su vida. Por ejemplo, que sepan la diferencia que hay entre un *testamento* y una *donación*; qué cosa sea *contrato*, *substitución*, *división de herencia*, las principales reglas del derecho y costumbres de su país que son necesarias para hacer dichos actos válidos. Deberían asimismo saber qué cosa sea *propio*, *comunidad*, *bienes muebles é inmuebles*; y en fin, algunas otras cosas que se juzguen necesarias para el buen gobierno de una madre de familia. No sólo cuando lleguen á casarse, sino cuando en un convento se vean encargadas del gobierno económico, experimentarán la necesidad de estos conocimientos para manejarse y para no ser engañadas.

»Si ha de ser casada, dénesele reglas para la economía doméstica, para criar los hijos, para conducirse con la familia, y finalmente, enséñesele el modo de gobernar bien todas aquellas cosas que según las apariencias ha de manejar.»

Todo esto y más, quiere el señor Fenelón que sepan las hijas que han de ser madres; y aunque todo sea útil

y necesario, ya nos contentaríamos con menos. Mucho sabrá en nuestros tiempos una señora que sepa ser mujer, cuidar lo que el marido adquiriera, asistir en su casa y no desentenderse de la educación de sus hijos, sin prescindir de estas forzosas tareas, fiada tal vez en que tiene dinero, pues éste suele faltar, y entonces los hombres echan de ver al instante todos los defectos de las mujeres.

Las riquezas, mientras duran, suplen la inhabilidad de las mujeres; pero luego que faltan se hace más intolerable su ignorancia. Por esta razón se puede decir que en cierto modo el dinero es perjudicial á aquellas personas que, naciendo con él, no tuvieron la fortuna de lograr unos padres activos y prudentes que dirigieran bien su educación. Esto es común en hombres y mujeres. El pobre instruído y laborioso padece sus cuitas; pero jamás pisa los umbrales de la miseria; antes mil veces se labra su fortuna con su industria; pero el rico inútil, vano y perezoso, luego que lo desamparan los doblones, cae de plomo en la mendicidad más vergonzosa.

No es esta plaga poco común. ¡Cuántos ricos hay que no saben, no digo adquirir un peso, pero ni conservar los que heredaron, y que si los gobiernos no los pusieran en clase de pupilos bajo la tutela de las leyes, disiparían en dos días los más pingües capitales! Ricos he conocido que no saben leer una carta y cuyas firmas